

preceptos; procurad ser útiles á vuestros semejantes; obedeced á los gobiernos, sean cuales fueren; vivid subordinados á las potestades que os manden en su nombre; no hagáis á nadie daño y el bien que podáis no os detengáis á hacerlo. Guardaos de tener muchos amigos. Este consejo os lo recomiendo con especialidad; ved que os hablo con experiencia. Un hombre solo, por malo que sea, si anda solo y sin amigos, él solo sabe sus crímenes, á nadie escandaliza en lo particular y ninguno es testigo de ellos; cuando, por el contrario, el truchimán y el pícaro lleno de amigos, tiene muchos á quienes dar mal ejemplo y muchos que testifiquen sus infamias.

»Fuera de que, como veréis en mi vida, hay muchos amigos, pero pocas amistades. Amigos sobran en el tiempo favorable; pero pocos ó ningunos en el adverso. Tened cuidado con los amigos y experimentadlos. Cuando hallareis uno desinteresado, verdadero y á todas luces hombre de bien, amadlo y conservadlo eternamente; pero cuando en el amigo advirtiereis interés, doblez ó mala conducta, reprochadlo y jamás os fiéis de su amistad.

»Por último, observad los consejos que mi padre me escribió en su última hora, cuando yo estaba en el noviciado y os quedan escritos en el capítulo XII del tomo I de mi historia. Si cumplís exactamente, yo os aseguro que seréis más felices que vuestro padre.»

Pasados estos y otros coloquios semejantes, abrazó don Pedro á sus hijos y á su mujer, les dió muchos besos y se despidió de ellos, haciéndome llorar amargamente; porque los extremos de la señora y los niños desmintieron toda la filosofía del razonamiento preventivo. Los llantos, las lágrimas y los extremos fueron lo mismo que si el enfermo no hubiera hablado una palabra.

Por fin quedó el paciente solo, y me dijo:— Ya es tiempo de desprenderme del mundo y de pensar solamente en qué he ofendido á Dios y que deseo ofrecerle los dolores y ansias que padezco, en sacrificio por mis iniquidades. Haz que venga mi confesor, el padre Pelayo.— Como este eclesiástico era buen amigo, no faltaba del lado de los suyos á la hora de la tribulación. Apenas se desnudó la muceta, cuando volvió á casa á consolar á su hijo espiritual. Antes que yo saliera de la recámara entró él y preguntó á don Pedro cómo se sentía. — Voy por la posta, dijo el enfermo; ya es tiempo de que no te apartes de mi cabecera, te lo ruego encarecidamente; no porque tenga miedo de los diablos, visiones ni fantasmas que dicen que se aparecen á esta hora á los moribundos. Sé que el pensar que todos los que mueren ven estos espectros es una vulgaridad, porque Dios no necesita valerse de estos títeres aéreos para castigar ni aterrorizar al pecador. La mala conciencia y los remor-

dimientos de ella en esta hora son los únicos demonios y espantajos que mira el alma, confundida con el recuerdo de su mala vida, su ninguna penitencia y el temor servil de un Dios irritado y justiciero; lo demás son creederas del vulgo necio.

Para lo que quiero que estés conmigo, es para que me impartas los auxilios necesarios en esta hora y derrames en mi corazón el suave bálsamo de tus exhortaciones y consuelos.

No te apartes de mí hasta que espire, no sea que entre aquí algún devoto ó devota que con el *Ramillete* ú otro formulario semejante, me empiece á jesusear, machacándome el alma con su frialdad y sonsonete y quebrándome la cabeza con sus gritos desaforados.

No quiero decir que no me digan Jesús, ni Dios permita que hablara yo tal idioma. Sé muy bien que este dulce nombre es sobre todo nombre; que á su invocación el cielo se goza, la tierra se humilla y el infierno tiembla; pero lo que no quiero es que se me plante á la cabecera algún buen hombre con un librito de los que te digo; que tal vez empiece á deletrear, y no pudiendo, tome la ordinaria cantinela de «Jesús te ayude, Jesús te ampare, Jesús te favorezca,» no saliendo de esto para nada, y que conociendo él mismo su frialdad quiera inspirarme fervor á fuerza de gritos, como lo he

observado en otros moribundos. Por Dios, amigo, no consientas á mi lado éstos, que, lejos de ayudarme á bien morir, me ayudarán á morir más presto. Tú sabes que en estos momentos lo que importa es mover al enfermo á contrición y confianza en la divina misericordia; hacerlo que repita en su corazón los actos de fe, esperanza y caridad; ensancharle el espíritu con la memoria de la bondad divina, acordándole que Jesucristo derramó por él su sangre y es su medianero, y por fin, ejercitándolo en actos de amor de Dios y avivándole los deseos de ver á Su Majestad en la gloria.

Esto propiamente es ayudar á bien morir; pero no pueden hacerlo todos, y los que tienen instrucción y gracia para ello no se valen de aquellos gritos con que los tontos, lejos de auxiliar al moribundo, lo espantan é incomodan.

También te ruego que no consientas que las señoras viejas me acaben de despachar con buena intención, echándome en la boca y en estado de agonizante, caldo de substancia ni agua de la paleta. Adviérteles que esta es una preocupación con que abrevian la vida del enfermo y lo hacen morir con dobles ansias. Díles que tenemos dos cañones en la garganta llamados esófago y laringe. Por el uno pasa el aire al pulmón y por el otro el alimento al estómago; mas es menester que les

adviertas, que el cañón por donde pasa el aire está primero que el otro por donde pasa el alimento. En el estado de sanidad, cuando tragamos, tapamos con una valvulita, que se llama *glotis*, el cañón del aire, y quedando cerrado con ella, pasa el alimento por encima al cañón del estómago como por sobre un puente. Esta operación se hace apretando la lengua al paladar en el acto de tragar; de modo que nadie tragará una poca de saliva sin apretar la lengua para tapar el cañón del aire, y cuando por un descuido no se hace esta diligencia y se va, aunque sea una gota de agua, lo que llaman irse al galillo, el pulmón, que no consiente más que el aire, al momento sacude aquel cuerpo extraño, y á veces con tal violencia que se arroja hasta por las narices dicho cuerpo si es líquido. Cuando el agua, verbi-gracia, que se ha ido al pulmón pesa más que el aire que hay dentro, se ahoga el paciente, y si es muy poca, la arroja éste, como se ha dicho.

Después que hagas esta explicación á las viejas, adviérteles que el agonizante ya no tiene fuerza, y acaso ni conocimiento para apretar la lengua; de consiguiente, cuando le echan en la boca se va al pulmón, y si no tose es ó porque esta entraña está dañada, ó porque ya no tiene fuerza para sacudir, con lo que espira el enfermo más breve. Díles todo esto, y que lo más seguro es humedecerles la boca con unos algodones

mojados, aunque todas estas diligencias son más para consuelo de los asistentes que para alivio de los enfermos.

En fin, Pelayo, por vida tuya haz que velen mi cadáver dos días, y no le den sepultura hasta que no estén bien satisfechos de que estoy verdaderamente muerto, pues no quiero ir á acabar de morir al campo santo, como han ido tantos, especialmente mujeres parturientas, que no teniendo sino un largo síncope han muerto antes de tiempo y los ha enterrado vivos la precipitación de los dolientes.

Acabó don Pedro de hablar con el padre confesor estas cosas, y me dijo: — Compadre, ya me siento demasiado débil; creo que se acerca la hora de la partida; haz llamar al vecino don Agapito, que era un excelente músico, y dile que ya es tiempo de que haga lo que le he prevenido.

Luego que el músico recibió el recado, salió á la calle, y á poco rato volvió con tres niños y seis músicos de flauta, violín y clave, y entró con ellos á la recámara.

Nos sorprendimos todos con esta escena inesperada, y más cuando comenzando á agonizar el enfermo, comenzaron también los niños á entonar con dulces voces, y acompañados de la música, un himno compuesto para esta hora por el mismo don Pedro.

Nos enternece bastante en medio de la admiración con que ponderábamos el acierto con que nuestro amigo se hacía menos amargo aquel funesto paso. El padre Pelayo decía: — Vean ustedes mi amigo si ha sabido el arte de ayudarse á bien morir. Con cualquier poco conocimiento que conserve ¿cómo no le despertarán estas dulces voces y esta armoniosa música los tiernos afectos que su devoción ha consagrado al Ser Supremo?

En efecto, se cantó el siguiente

#### HIMNO AL SER SUPREMO <sup>1</sup>

Eterno Dios, inmenso,  
Omnipotente, sabio, justo y santo,  
Que proteges benigno  
Los seres que han salido de tus manos;  
El debido homenaje  
A tu alta majestad, te rindo grato,  
Porque en mis aflicciones  
Fuiste mi escudo, mi sostén, mi amparo.  
Y cuando sumergido  
En el cieno profundo busqué en vano  
A quien volver mis ojos  
Entumecidos de llorar é hinchados,  
Extendiste en mi ayuda  
Tu generosa y compasiva mano,  
Que libre del peligro  
Al puerto me condujo ileso y salvo.  
Tú, Señor, desde entonces  
Con impulso robusto has guiado

<sup>1</sup> Para este himno se han tenido presentes las correcciones y variaciones del manuscrito de que se habló en la nota de la pág. 205. E.

Por el camino recto  
Mis vacilantes y extraviados pasos.  
Mis vicios me avergüenzan;  
Mis delitos detesto; con mi llanto  
Haz, mi Dios, que se borren  
Los asientos del libro de los cargos.  
Y en esta crítica hora  
No te acuerdes, Señor, de mis pecados,  
A los que me arrastraba  
La inexperiencia de mis pocos años.  
Recuerda solamente  
Que, aunque perverso, pecador, ingrato,  
Soy tu hijo, soy tu hechura,  
Soy obra, en fin, de tus divinas manos.  
Si te ofendí yo mucho,  
Mucho me pesa, y mucho más te amo,  
Como á padre ofendido  
Que mis crímenes tiene perdonados.  
Seguro en tus promesas  
Invoco tus piedad, y *en tus manos*  
*Mi espíritu encomiendo:*  
Recíbelo, Señor, en tu regazo.

Dos veces se repitió el tierno himno, y en la segunda, al llegar á aquel verso que dice: *En tus manos mi espíritu encomiendo*, lo entregó nuestro Pedro en las manos del Señor, dejándonos llenos de ternura, devoción y consuelo.

A la noticia de su muerte, acaecida á fines del mismo año de 1813, se extendió el dolor por toda la casa, manifestándolo en lágrimas, no sólo su familia, sino sus amigos, sus criados y favorecidos que habían ido á ser testigos de su muerte.

Se veló el cadáver, según dijo, dos días, no desocu-

pándose en ellos la casa de sus amigos y beneficiados, que lloraban amargamente la falta de tan buen padre, amigo y bienhechor. Por fin se trató de darle sepultura.



## CAPÍTULO XVI

En el que el Pensador refiere el entierro de Perico, y otras cosas que llevan al lector por la mano al fin de esta ciertísima historia

A los dos días se procedió al funeral, haciéndole las honras con toda solemnidad, y concluídas, se llevó el cadáver al campo santo, donde se le dió sepultura por especial encargo que me hizo.

El sepulcro se selló con una losa de tejal, especie de mármol que compró para el efecto su confesor, haciendo antes esculpir en ella el epitafio y la décima